

EL HOMBRE SIN HISTORIA

Ocurrió que una fría mañana de invierno, ante el espejo, somnoliento aún, al terminar el afeitado cotidiano y mientras comprobaba la corrección del apurado, le invadió una insólita y desagradable sensación: Se vio diferente, casi como un desconocido. La vulgar imagen reflejada le parecía ajena, distinta a la suya. Se miró con detenimiento retirándose y acercándose, moviendo la cabeza a la búsqueda de diversos ángulos y, luego, durante largo tiempo, permaneció quieto, como hipnotizado ante sí mismo, vacía la mente de ideas y petrificados los músculos. Así transcurrieron largos minutos hasta que empezó a reaccionar y el cerebro, penosamente, reinició con lentitud su actividad y fue elaborando, con torpeza, un revoltijo de raros pensamientos o, más bien, de extravagantes mensajes: por algún extraño fenómeno, él no era quien aparecía en el espejo; había sufrido una kálfkiana metamorfosis, convirtiéndose en un hombre mayor, mucho más viejo, con facciones duras, semiarrugadas y bastas, que no correspondían a las que recordaba de sí, del día de ayer, sin retroceder mas en el tiempo. Palpándose el rostro, mirándose los ojos, trataba de encontrar sus rasgos fijos en la memoria sin conseguir identificarse plenamente. Existían, cierto, bastantes semejanzas, parecidos distorsionados y desgastados, como si sobre él hubiera pasado un vendaval. Y fue entonces cuando cayó en la cuenta de su edad. Se acercaba ya a los cincuenta y, sin embargo, tal vez a causa de su soltería, seguía sintiéndose -mas bien creyéndose- joven, fuerte, ágil, como en los años de juventud, como si el tiempo se hubiera detenido.

Casi de forma mecánica terminó de arreglarse, como cualquier otro día, desayunó y, según su costumbre, caminó despacio, cansino, hasta la finca cuyo rendimiento le permitía vivir con holgura, sin trabajar, y sin mayores preocupaciones económicas. Pero la verdad es que hoy sí estaba preocupado, intentando olvidar la sensación vivida sin conseguir desprenderse de ella, ni eliminar el agrio sabor que había dejado en su consciencia. Intuía que más de media vida se le había escapado sin darse cuenta y sin haberla saboreado con gozo o dolor, con momentos dulces o amargos, como escuchaba de otros; era, por decirlo de forma gráfica, una ^{línea} línea plana, un paisaje sin colores, como una composición monocorde, sin melodía, monótona hasta la pesadez o como un cuadro con un lienzo blanco, lleno de polvo por el desuso, en el que ni tan siquiera se había garabateado un inicio de dibujo o dado una pincelada displicente con algún color... Dando vueltas y más vueltas al pensamiento, fue comprendiendo, tras días de inacción y noches de sueño inquieto, cuanto le estaba sucediendo. Había llegado a un estadio de su existencia en el que, por alguna desconocida causa, y de forma espontánea, a su pesar estaba haciendo balance de ella y ni en el debe ni en el haber aparecían anotaciones. El resultado, pues, no era ni positivo ni negativo, simplemente podía considerarse como una nada absoluta, un cero sin significación, debido a su inacción permanente.

De nuevo ante el espejo, frente a frente con la imagen anodina de un hombre algo canoso, con incipientes arrugas y aspecto corriente, vulgarísimo, preguntó con un tono casi agresivo:

-¿Quién eres tú? Fíjate en esas arrugas, en ese pelo cano, en ese buche que crece cada día... ¿Soy yo, acaso?...

Y tras una pausa larga, con voz triste, insistió:

-¿De que hechos se compone tu biografía? ¿Has sido bueno, simpático, trabajador, heroico, malvado...? ¿Has amado con locura o con fría sensatez? ¿Te ha dominado la avaricia, la lujuria, la envidia? No recuerdo de ti nada que destaque, ni tan siquiera te acerque a cualquier persona corriente, normal, de esas que llenan las ciudades, que caminan presurosas a sus

tareas, a sus casas o a sus diversiones. Mas bien tu vida está construida con actos inanes, sin matices, insulsos, grises... Para colmo, no has sido ni capaz de encontrar una pareja con la que compartir el aburrido discurrir diario, la rutina sosa de pasar los días y las noches sin preocupaciones, afanes, tristezas y dolores de esos que hacen vibrar el cuerpo y el alma de los seres vulgares que pueblan este mundo... Eres una extraña criatura, un hombre absurdo, que huye de las complicaciones, que esquiva los esfuerzos, que elude cualquier acción en pro o en contra de tu sociedad... Solo te agrada sentir satisfechas tus necesidades elementales: comer, dormir, percibir el palpito de tu vida, siempre pausado, sin altibajos, sin emociones... Tu mente no segrega ideas, únicamente el egoísta apetito de sentir el transcurrir del tiempo, como quien oye llover adormecido al calor de la lumbre...

En estas elucubraciones estaba siendo, en verdad, duro consigo mismo. Con toda seguridad existían innumerables hombres en idéntica situación, con iguales apetencias mínimas cuya esencia no es otra que una pereza invencible, tanto intelectual como física; molicie, después de todo, de la que participa la mayoría de los seres humanos en dosis más o menos elevadas o intensas.

Durante muchos días, varios meses quizás, estos pensamientos no le abandonaron. Les daba vuelta y vueltas, y conforme pasaba el tiempo iban apoderándose de él una indefinible amargura, un desasosiego interminable, una incomodidad creciente, que le impedía la tranquila y anestesiante rutina seguida hasta entonces en su vida cotidiana. No acertaba a ejecutar los leves esfuerzos que la convivencia con los demás le exigían, ni la adopción de las casi mecánicas medidas de administración de sus bienes. El repentino descubrimiento de su nimiedad le había trastornado el cerebro (eso creía él) y trastocado los esquemas que le habían servido hasta entonces. Y la cuestión es que ya era tarde para rectificar. ¿Cómo a su edad podría cambiar al extremo de dar a su existencia un giro de ciento ochenta grados? ... Imposible. El no era Don Quijote ni se sentía con el vigor necesario para reemprender o, mejor, variar de forma drástica, el rumbo que llevaba... Después de todo, era cómodo dejarse arrastrar como barco a la deriva o con piloto automático, muellemente abandonado a las sensaciones físicas de sentirse vivir sin problemas...

Pero por más que trataba de convencerse, la obsesiva idea de su inutilidad, de su nulo paso por este mundo, sin dejar no ya una mínima huella, sino ni tan siquiera una descendencia, seguía creciendo y creciendo, impidiéndole el descanso con un casi permanente insomnio que no lograba vencer. Llegó a tomar algunos medicamentos recetados por el médico, pero apenas si lograban adormecerlo; y esto, unido a su miedo a la adicción a cualquier sustancia, acabó por decidirle a eliminarlos. Otro debía ser el camino para solucionar la situación. Y, así, comenzó a pensar sobre qué hacer para darle un vuelco a su vida, para enderezarla hacia otros derroteros, pese a su edad. Aunque no descartó en absoluto la búsqueda de compañía para el resto de sus días, no era solución que le convenciera demasiado. Las mujeres de su edad, ya maduras, no le atraían y las jóvenes, claro está, podían ser un error mayor por cuanto, sin engañarse, él no estaba ya para enamorar a nadie así, salvo que mediara el interés, cosa que le horrorizaba. La solución debía estar en otro lado. Y a su búsqueda se dedicó impaciente, febril... Pero no era cuestión fácil. Se sabía carente de capacidad, por ejemplo, para dedicarse al estudio y la investigación con el fin de conseguir algún descubrimiento importante, o para escribir una obra maestra, o pintar un cuadro genial, o componer una pieza musical inolvidable, o crear algo digno de admiración como legado para la sociedad... Por otra parte, se reconocía incapaz de una labor callada, caritativa, oscura y constante, en beneficio de todos, los más necesitados en especial, como hicieron algunos santos o criaturas excepcionales, humildes y tenaces, fuertes e incansables pese a su contextura física endeble pero enérgica, como la madre Teresa de Calcuta o, en otro aspecto, Gandhi. Así, tras mucho pensar y repensar, por eliminación, llegó a la conclusión de que de hacer algo, tenía que ser repentino, casi instantáneo, como cohete de feria que consume su escasa energía en los breves minutos de una explosión, ruidosa pero fugaz. Pero ¿qué?... Ahí estaba el problema, el quid de la cuestión que no acertaba a resolver. Un día, cuando trataba de distraerse leyendo el periódico, le vino la idea de improviso, tan clara y nítida, que él mismo se asombró. Al leer los detalles de un

atentado en un supermercado de barrio, con numerosas víctimas, en su mayoría mujeres y niños, horrorizado, se preguntó cómo las autoridades no hacían algo efectivo que acabara de una vez para siempre con la lacra tan criminal. Y, entonces, fue cuando tuvo la peregrina ocurrencia de combatir y castigar él a los desalmados terroristas. De conseguirlo, sería un hecho memorable, capaz de emborronar el papel en blanco de su historia personal y recibir, al propio tiempo, el agradecimiento de la sociedad.

Pero el asunto no era fácil. Pasado un primer momento de entusiasmo, cuando pensó de manera más detenida sobre el modo de conseguirlo, la euforia se le fue escapando, como el gas de un globo pinchado, dejándole, más que deprimido, amargado, insatisfecho. Pero en su subconsciente quedó archivada la idea y, de vez en cuando, le revoloteaba como inquieta mariposa por la mente. Hasta que empezó a pensar en serio sobre ella. Algo tenía claro: que el golpe tenía que darse sobre la cúpula ideológica; quienes actuaban, los que cometían las acciones, eran simples peones, muchos de ellos asesinos natos, otros enfermos del virus del fanatismo, la mayoría simples malhechores que adoptaban ese modo de vida, sin preocuparles gran cosa los fines últimos (tal vez ni deseaban conseguirlos) y jóvenes inadaptados, amantes de la aventura y del riesgo, sin puñetera idea de la realidad de lo que intentaban imponer por la fuerza y el crimen. Solo eliminando la cabeza, el cerebro, podrían los miembros quedar paralizados, inservibles, y deshecha para siempre la organización. Pero, ¿cómo llegar hasta esa cabeza? ¿Cómo introducirse en el entramado infame? He aquí la cuestión. Ni la propia policía había podido hacerlo, poseyendo medios, ¿cómo él iba a conseguirlo? A no ser que algo fortuito, un golpe de suerte, lo colocara en tal situación. Mas, hasta para ese golpe de suerte, eran obligadas ciertas actuaciones, peligrosas todas, que le permitieran integrarse en algún grupo o comando. Y, entonces, podrían multiplicarse los riesgos: por parte de la propia banda y de la misma policía; los primeros si lo descubrían; los segundos al confundirlo con uno más.

Así pasaba los días, trazando planes, que desechaba de inmediato, o soñando con un éxito rotundo, impresionante, que permitiría al país vivir tranquilo y en paz. Se imaginaba algo así como un James Bond triunfante y admirado. Pero todo, al abandonar la almohada, quedaba en vaporosos sueños de un hombre, ya casi pasado de madurez, que se resistía, con tozuda cabezonería, a dejar de ser joven y pasar por el mundo como un simple número estadístico en el censo de un escondido municipio.

Sin tener nada en concreto planificado, comenzó ciertas actuaciones que, en principio, ni comprometían ni descubrían ningún propósito que no fuera, para sus conocidos, el de tratar de darle un giro radical a su vida y disfrutar de su saneada economía. Los comentarios que despertó giraban todos en torno a que ya era tiempo de pasarlo bien, que la vida se marcha en un soplo y que había desperdiciado sus mejores años. Por ahí todo marchó bien. La gente se acostumbró a sus largas ausencias, a sus frecuentes viajes y nadie se extrañó de que comprara, allá por el Norte, en un bello pueblecito de la costa, una moderna y cómoda segunda vivienda donde pasar, eso creían, los cálidos veranos del Sur.

Y allí, en aquellas tierras extrañas, tan distintas de la suyas, confiado únicamente en el azar, pasó largas temporadas, frecuentando bares, asistiendo a espectáculos, afiliándose a peñas y participando en los actos festivos y culturales. Poco a poco, pese a iniciales actitudes recelosas de los naturales, fue haciéndose de amigos. Estos, a su vez, lo fueron introduciendo en círculos cada vez más amplios de la pequeña sociedad local, hasta lograr contacto con los más importantes. Este pequeño éxito, quizá, fue debido a su táctica de hombre generoso, a quien no lo importaba gran cosa el dinero, y a su estudiada forma de comportamiento, serio y formal, respetuoso con las costumbres e ideas tradicionales, por las que se interesaba y mostraba una discreta admiración. Y así, paso a paso, consiguió ganarse amistades cada vez más estrechas, de muy vario signo. Ciertamente que en política la gente era muy precavida; pero la constancia y, en no pocas ocasiones, la necesidad de comunicación o de atraer adictos, también jugó a su favor. Y así, de improviso, sin apenas darse cuenta, se encontró en contacto -un contacto prudente- con un grupo colaborador. No es que de manera abierta lo confesaran, pero los indicios eran evidentes para él. Una vez que ellos fueron confiando, después de investigarlo, sin duda, le pidieron algunas

colaboraciones, como vigilancia de algunas personas, llevar recados, en forma cifrada, a la capital y entregarlos en algún tugurio de barrio, y otras actividades menores, que realizó con eficacia.

Su buena economía le permitió, en varias ocasiones, facilitar medios financieros para, según le dijeron, organizar diversas algaradas callejeras, la adquisición de medios de impresión o facilitar viajes de activistas. Se daba cuenta, sin embargo, de que alguien tomaba ciertas precauciones con respecto a su colaboración; no se sentían seguros de él, todavía. Aunque la impaciencia, a veces, lo desesperaba, comprendía que marchaba por el camino bueno para ganarse la confianza de quienes movían el tinglado. Y tan era ello cierto, que una noche, cuando descansaba, fue sorprendido por la llamada de uno de sus conocidos, advirtiéndole que llegarían, al amanecer, tres individuos a los que debería dar cobijo en su casa durante un par de días, muy discretamente, y facilitarles un vehículo cuando lo pidieran. Así ocurrió. Antes de la alboreada, unos leves golpes por la puerta trasera, que abrió algo tembloroso, y tres hombres de complexión fuerte, con espesas barbas que ocultaban las facciones, entraron. Sin cruzar palabras los llevó hacia un sótano, en el que había instalado una especie de amplio comedor-estar para reuniones en invierno, con una gran chimenea de leña y varios cómodos sofás-camas. Con un gesto le indicaron que podía marcharse y así lo hizo. El resto de la noche, como el lógico, lo pasó en vela.

Ya entrado el mediodía, como no daban señales de vida, bajó al sótano. Estaban allí, sentados junto a la mesa, examinando unos mapas. Había restos del café que ellos mismos se habían preparado y una botella de coñac casi vacía, así como residuos de bocadillos, sin duda preparados con las provisiones que existían en el aparador. Al verle, apenas si cruzaron un saludito. Uno, el que parecía cabecilla, le indicó que no se preocupara de ellos, pues se arreglarían con lo que allí había; solo necesitaban que a las doce de la noche próxima, no antes ni después, detrás del edificio, se encontrara el vehículo todo terreno que necesitaban, con las llaves puestas; como si no le hubieran visto, se volvieron hacia los papeles que examinaban. Sin más comentarios, se retiró y todo el día, aún sin proponérselo, estuvo tratando, con la máxima discreción, de averiguar qué hacían, sin conseguirlo. Tampoco quería arriesgarse a que sospecharan algo. En ninguna otra ocasión había estado tan nervioso. Cuando llegó la noche, pendiente del reloj, en cuanto el reloj marcó la medianoche, con toda clase de precauciones, llevó el auto hasta el lugar indicado. Cuando regresó sintió el ruido del motor, alejándose hacia no sabía qué destino. Por la mañana, como ya le habían instruido, denunciaría el robo a la Policía.

Varias veces sirvió su casa de refugio o posada a extraños, sin que pudiera obtener, directa ni indirectamente, datos de sus movimientos y acciones. En algunos casos, los resultados los conocía por la prensa: atentados por los alrededores, secuestros, robos en sucursales bancarias o de dinamita en canteras. Aunque era paciente, el tiempo transcurrido sin ningún avance útil para sus propósitos, le estaba descorazonando. Parecía que todo iba a ser inútil y que ni su habilidad era bastante para enfrentarse a los criminales, ni la suerte le acompañaba. Solo en un aspecto se sentía, de alguna forma, compensado: la amistad superficial establecida con una chica, Mayte, camarera en la taberna que se había hecho habitual en sus correrías por las noches. Se sentía atraído por ella y creía que la sensación era mutua, aunque por su timidez, nunca llegó a entablar conversación extensa ni frases alusivas al hecho.

Cuando menos lo esperaba, surgió la gran ocasión tanto tiempo esperada... Una noche, después de la partida en la taberna y tras las cotidianas copas, uno de los compañeros del juego, quizá el más retraído y con quien menos había tratado, le acompañó por el camino y, ya solos, sin penas hablar, le deslizó en el bolsillo del chapetón una nota, mientras le decía muy quedo: Sigue al pie de la letra las instrucciones. Después se marchó, tras musitar un "buenas noches" que parecía un gruñido de oso. Nervioso, pero sin acelerar el paso, llegó hasta casa. Ya dentro, tras encender la luz y bajar por precaución las persianas, desplegó el papel y lo leyó. Era breve pero claro. Debía tener dispuesto el sótano o bodega para dentro de tres días. Por la noche llegarían varios miembros importantes de la banda. Tendría que abandonar la casa, dejando la llave al pie del nogal allí existente, levemente cubierta por un poco de tierra. Estaría ausente hasta el amanecer, lo que era fácil, dado que las fiestas del pueblo le facilitaban permanecer fuera todo ese tiempo. Bajo ningún pretexto podría regresar antes.

Nervioso, paseó largo rato por la casa. El problema es que, después de tanto esperar, se encontraba, de pronto, con que no sabía cómo actuar, qué hacer. Le habían sorprendido y, ahora, no sabía como llevar a cabo su propósito. Nunca imaginó que su propia casa pudiera ser el lugar de reunión de la cúpula; porque estaba seguro de que era esa cúpula la que vendría y, con seguridad, algunos de los importantes políticos de los que recibían apoyo. Con las noticias de ciertos periódicos, las apagadas palabras y entrecortadas conversaciones de algunos contertulios y disimulados movimientos extraños, incomprensibles en el momento de producirse, podía ahora construir, como en un puzzle, de lo que se trataba: de una reunión entre los dirigentes terroristas y los grupos políticos que los apoyaban. Era la oportunidad soñada. Pero ¿cómo iba a enfrentarse a ellos? Carecía, en estos momentos, de medios materiales para ello. Tratando de hallar solución, aclaró el nuevo día sin que diera con ella; cansado, con grandes ojeras, desanimado, se dejó caer vestido en la cama. Y semiadormilado, le vino la inspiración. Saltó de la cama, como impulsado por un resorte y llevándose la mano derecha a la frente, exclamó: ¡Eso es! ¿Como no se me había ocurrido antes? Pero hay que hacerlo con habilidad, sin que nadie pueda observar movimientos inusuales... La cosa era simple. Bajo el sótano donde normalmente se ocultaban los visitantes de la banda, existía un pozo, prácticamente sin agua. Lo construyó, en un principio, con ánimo de obtener agua para regar el jardín y la pequeña huerta; pero el suelo allí era rocoso y apenas sin pudieron ahondar un par de metros, sin resultado positivo, por lo que, sin rellenarlo, fue cubierto con una tapadera del mismo material cerámico de las lozas del salón. Encima de la tapadera, situó una mesa larga y pesada que, en los guateques, se llenaba de abundante comida y bebida. Era fácil, pues, introducir en el agujero el combustible del tractor y del todo terreno -unos cinco bidones- que recientemente había repuesto. En torno a ellos, bastaba con situar el explosivo suficiente para hacer estallar los bidones, lo que era fácil dada su condición de empedernido cazador, que todos conocían, y el repleto arsenal que para tal fin (y lo que pudiera acontecer) tenía en reserva. La explosión, si no fallaba, podría ser enorme y el incendio, importante, sobre todo si además lograba hacer estallar el depósito de propano que, para calefacción, estaba situado muy cerca de la vivienda, a la mínima distancia permitida.

Aunque el plazo que le señalaban era breve, calculó que le daba tiempo a todo, aprovechando los dos días siguientes, especialmente las noches. Procuró hacer la vida normal, asistir a las reuniones habituales y, en cuanto llegaba a casa, con frenesí, preparar todo el tinglado para conseguir el propósito. No le fue difícil, pese a carecer de experiencia, preparar un dispositivo que pusiera en marcha la explosión, ya que en sus largas horas de soledad, había investigado como montarlo utilizando el teléfono móvil, tal como hacen los terroristas.

Cuando hubo terminado, pocas horas antes de la llegada del día señalado, pese a su temperamento tranquilo y frío, no podía evitar un interno nerviosismo y un casi imperceptible temblor de todo su cuerpo, que procuraba dominar. Dio un largo paseo por el pueblo, tratando de calmarse con el ejercicio. Después, como cualquier otro día, recorrió el casino, las tabernas habituales y, a la hora acostumbrada, regresó a casa. Una hora escasa llevaría en ella, cuando recibió una llamada telefónica; sin identificarse, una voz desconocida le ordenó irse de inmediato a un pueblo cercano, en fiestas, y que se hiciera notar allí. No debía volver a la casa antes de las tres de la madrugada.

Rápido, cogió el coche, y en apenas media hora llegaba al pueblo señalado. Paseó por la feria, saludó a algunos conocidos, adrede discutió con un guardia sobre si estaba bien o mal aparcado cierto vehículo, que impedía girar a otro, y cuyo conductor protestaba malhumorado, entró a una taberna rebosante de público y, a codazos, no sin protestas de los clientes, llegó hasta la barra, se tomó unas cervezas; luego, simulando ir a los servicios, salió por la puerta trasera que daba a un estrecho callejón, poco iluminado. Con la cabeza gacha, tratando de no ser conocido, apartándose de las calles concurridas, llegó hasta su auto y, a todo gas enfiló la carretera de regreso. Ya cerca de su finca, cogió un estrecho camino y, escondiendo el vehículo entre unos arbustos, fue caminando hasta un pequeño montículo desde el que se veía las luces de algunas ventanas de su casa. Serían algo más de las doce y media. Observó las luces de un par de vehículos, que se detenían a la entrada. Después estuvo largo rato en atenta observación, pues la clara luz de

una espléndida luna llena, permitía una buena visión y adivinar cualquier movimiento, tanto más cuando él conocía como la palma de su mano todo el edificio y alrededores. Habría pasado casi una hora, cuando otro coche (pese a la distancia podía casi asegurarse que se trataba de un todo terreno grande), se situó junto a los demás. Cuatro o cinco personas bajaron y, como los anteriores, se dirigieron a la zona trasera. Según sus cálculos debían estar ya todos reunidos, pues el tiempo pasaba y, de los conocimientos que tenía de estos temas, la cita no debía durar mucho, por el riesgo que implicaba una larga estancia en cualquier lugar. No obstante, esperó unos minutos más y, con cuidado, extrajo el móvil, desplegó la antena y, nervioso, aproximó el pulgar al botón rojo para apretar... Una llamarada enorme, seguida como de un trueno ensordecedor que se extendió por toda la zona, y cuyo eco fue perdiéndose por los verdes valles y suaves colinas... Realmente asustado, corrió a su auto y volvió al pueblo cercano. Por el camino oyó las sirenas de ambulancias, de la policía y apenas se hubo apeado, el movimiento de la gente asustada, que había abandonado la feria y se refugiaba, por si acaso, en sus hogares. Él se dirigió, otra vez, al policía con el que estuvo discutiendo y le preguntó qué pasaba.

-Parece un atentado en el pueblo vecino- le respondió-

-¡Coño! -exclamó él, mientras comentaba al agente que él vivía allí.

Volvió a subir al auto, y regresó. Ya a pocos kilómetros se veían las llamas que consumían su vivienda. Se acercó, con cara de sorpresa y pánico – más real que fingido- y la policía le ordenó detenerse. Informó que aquella era su vivienda y, entonces, le llevaron hasta el que parecía Jefe, el cual, sin muchos miramientos, ordenó que lo llevaran a Comisaría.

.....

Por la pequeña ventana, el sol apenas penetra en la celda, pero proyecta como un dibujo cuadriculado las sombras de los gruesos barrotes. Estos momentos y los paseos por el patio, rompen la monotonía de los lentos días e interminables noches. Noches en blanco, desvelado, y durante las que le pasaban por el cerebro, como los fotogramas de una película, todos los acontecimientos de su vida anodina, triste y gris, hasta que los últimos sucesos la transformaron en un diabólico laberinto todavía inexplicable para su mente vulgar. Recordaba como fue llevado a la Comisaría y, después, en apenas interrogatorio, conducido a prisión. Días después, un juez famélico y titubeante, le hizo algunas preguntas sin sentido y aún cuando él relató con ingenua sinceridad todos sus propósitos y afirmó, hasta la saciedad, que no llegó a oprimir el botón para provocar la explosión, porque ésta se produjo antes, fue acusado del atentado a seis policías y un confidente, cuatro de los cuales perecieron y los demás se encontraban graves. Para ello había utilizado gran cantidad de dinamita y un detonante acoplado a un sofisticado sensor de infrarrojos que, al detectar la presencia de los agentes, ponía en marcha todo el macabro invento. Previamente, como era lógico, había efectuado una llamada avisando de que en la casa se encontraban reunidos los cabecillas de la banda. Fue una trampa ingeniosa y, sobre todo, eficaz.

De todos los hechos ocurridos, incluido el extrañamente rápido juicio, lo que más recordaba, con dolor y rabia, era la sonrisa, entre burlona y cínica, de Mayte, cuando el fiscal, con perversa elocuencia, explicaba la maldad y fría astucia con la que había planificado el abominable crimen.... Con el rostro entre las manos, lloraba de impotencia y amargura, por toda una vida que no había podido controlar, y que de carecer de interés, de ser la de un hombre gris sin historia, se había transformado en la de un monstruo; pero un monstruo falso, de papel, como pesada broma de una malvada conspiración de quien sabe que ocultos intereses.

LAS ANDANZAS DE PEDRO Y PABLO